

## PALABRAS PRELIMINARES

En 1952 había sido designado profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

El 4 de noviembre de 1968 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, y el año siguiente fue elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua.

Hernán del Solar murió en Santiago el 22 de febrero de 1985.

## El pueblo de Upa-Upa

---

Todos los pueblos tienen fundadores, conocidos o ignorados. Así, pues, hace muy largo tiempo —tan largo que es inútil tratar de saber cuándo fue— existió sobre la tierra un hombre negro llamado Upa-Upa. Era alto, fuerte, valeroso y manejaba las armas mucho más diestramente que todos los suyos. No es extraño, por lo tanto, que lo nombraran jefe.

Upa-Upa cuando daba sus órdenes se golpeaba el pecho con el puño cerrado, y el ruido de los golpes era como el de un tambor que

cruza los valles y las montañas, y se pierde nadie sabe dónde.

Upa-Upa reunió, cierta vez, a sus guerreros, y les dijo que partirían a conquistar tierras extrañas. Los guerreros bailaron agitando sus armas con estruendo y cantando unos himnos que ya nadie recuerda.

Y partieron por los montes, y cruzando las selvas llegaron a unas tierras en que vivían otros hombres negros, que fueron dominados. De este modo fundó Upa-Upa un pueblo muy grande, y se hizo respetar y temer. A los guerreros de este jefe se les llamó los upa-upa, y con este nombre fueron conocidos a través de los años.

Cuando Upa-Upa murió, como mueren todos los hombres, los hechiceros arrojaron su cuerpo en el río más torrencioso, para que nunca se le encontrara. Después inventaron una leyenda que hasta hoy cuentan los viejos de la tribu con las siguientes palabras:

—Upa-Upa estaba viejo, y ya no podía alcanzar mayor gloria. Entonces un día, mientras estaba

cazando, se vio venir desde las alturas a un pájaro de siete colores, que cantaba como un millón de trompetas, estremeciendo el mundo. Upa-Upa supo inmediatamente, al levantar los ojos, que todos los dioses negros habían celebrado una reunión y decidido llevarse a Upa-Upa al castillo en que vivían, en un lugar que brilla como una estrella. “Voy a morir —murmuró Upa-Upa, entre los cazadores—, y quiero que mis enseñanzas no se olviden nunca”. Después se inclinó para que el pájaro pudiera tomarlo de la cintura y conducirlo fácilmente a su nueva morada. Desde entonces, Upa-Upa vela por los suyos, allá en lo desconocido de los aires, y asomado a una ventana mira todo lo que pasa en la Tierra. A veces está contento, y entonces crecen los trigos, hay lluvias favorables, soplan buenos vientos; a veces está enojado, y entonces la lluvia desaparece, la tierra sufre de sed y los animales salvajes salen de las selvas para atacar a los hombres.

Los viejos de la tribu cuentan esta historia, y todos los niños negros la escuchan con una

atención extraordinaria, conteniendo la respiración para no perder una sola palabra, y mirando de vez en cuando hacia el cielo para ver si, por casualidad, divisan el castillo en que Upa-Upa, asomado a la ventana, se soba las barbas con mano distraída; unas barbas que el tiempo ha hecho tan blancas e inmensas, que ya parecen un río de nieve que corre por entre las estrellas.

Bueno: todo esto sucedió —ya lo hemos dicho— hace muchos años, y ahora el pueblo de Upa-Upa, con las guerras, las enfermedades, las inundaciones y otras calamidades que nunca faltan, se ha vuelto pequeñito, no tiene muchos habitantes, y trata de vivir lo mejor posible, entre bosques, montañas y lagos que tienen nombres muy bonitos o muy feos, según haya sido el gusto de aquellos que los han nombrado por primera vez.

Pero vamos a ser más precisos, para que todos sepamos cómo es el pueblo de Upa-Upa. Está situado, con toda exactitud, a la entrada de una selva tan enorme, que tiene la

extensión de un país de los de buen tamaño. Hacia la izquierda corre un río, llamado el del Colmillo, porque cuando fue descubierto iba flotando sobre las aguas el colmillo de un elefante.

Las viviendas del pueblo son sencillas, redondas, con una puerta al centro y un techo puntiagudo. En medio del pueblo hay una plaza, donde se celebran las principales ceremonias. Las dos viviendas más grandes son las del rey, Upanga, descendiente directo de Upa-Upa, y la del hechicero Búa, un hombrecillo viejo, flaco y temido.

Ante la puerta del palacio de Upanga hacen guardia tres o cuatro granaderos de la Orden del Jabalí, que usan grandes lanzas y van descalzos. Ante la morada de Búa no hay guardia alguno, pero siempre se ve subir un humo lento, que parece brotar de la tierra.

El pueblo se divide en guerreros, cazadores y gente común. Los guerreros visten hermosas pieles y se adornan la cabeza con plumas de diversos colores. Son los personajes más im-

portantes, después del rey y del hechicero. Los cazadores son los que proveen de alimentos a la población, y se les estima grandemente. Todos los demás viven a su manera, sin preocuparse ni poco ni mucho de las cosas, obligados a mantenerse tranquilos y a hacer todo lo que se les ordena, lo cual es siempre poquísimo.

En las noches, antes que los upa-upa se vayan a dormir, se encienden hogueras a la entrada de la selva, para que los animales feroces, temerosos del fuego, no incursionen por la población. De vez en cuando, un centinela va animando las llamas, para que no se apaguen antes del amanecer. Y en el pueblo hay un silencio absoluto. El único que suele estar despierto muchas horas, entretenido en escuchar los rumores que vienen de la selva, es un niño. Se llama Totorá, y se parece a todos los demás niños del pueblo; pero tiene una misteriosa sonrisa, que vuelve locos a sus padres y a todo el mundo.

Los viejos, los jóvenes y los niños ya no saben qué hacer con Totorá. Los desorienta



a todos con sus rarezas. Una mañana, por ejemplo, se vio que había desaparecido el centinela de las llamas. Su cuerpo apareció despedazado, horas después, en un lugar de la selva. Era evidente que un tigre le había clavado sus garras y sus colmillos. Nadie dijo que era el tigre el asesino, porque los upa-upa no pronunciaban el nombre de este animal, convencidos de que bastaba nombrarlo para atraerlo. Así, pues, le llamaban "el Señor Hambriento", inclinando profundamente la cabeza al decir estas palabras.

El día que desapareció el guardia, y antes que fuera encontrado, los upa-upa se reunieron en la plaza para comentar su desaparición. Búa, el hechicero, habló de esta manera, para explicar el caso:

—Seguramente ha venido el Señor Hambriento y se lo ha llevado. No tardaremos en encontrarle si buscamos por la selva.

Y alguien preguntó:

—¿Cómo pudo entrar el Señor Hambriento estando encendidas las hogueras?

Búa se quedó pensativo, y ya iba a contestar de una manera incomprensible, como siempre que no sabía algo, cuando Totora levantó la voz y dijo estas palabras asombrosas, entre los grandes y chicos que había en la plaza:

—El Señor Hambriento era ciego, sin duda, y no vio las llamas. ¿Cómo podía, entonces, temerlas?

Búa le lanzó a Totora una mirada terrible, se encogió de hombros y empezó a pronunciar un largo discurso, que nadie entendió, y que, por lo tanto, convenció a todos. Es así como proceden los hechiceros. Pero dos días después, ante el asombro de los upa-upa, apareció Totora seguido de un tigre ciego, de vuelta de la selva. Los cazadores le dieron muerte, y luego le pidieron a Totora que explicara cómo había encontrado a ese tigre ciego.

—No me costó mucho —dijo Totora, sonriendo misteriosamente—. He oído decir que una fiera vuelve siempre al lugar en que ha encontrado una presa. Y para volver a nuestro pueblo, sin perderse, no hay que alejarse mucho. De modo

que yo resolví salir en busca del Señor Hambriento que mató al centinela de las llamas. No me vio venir. Y cuando sintió que yo le acariciaba la cabeza, se mostró muy extrañado. Moviendo la cola, pareció decirme: "No tengo hambre y no pienso devorarte. Además, acabas de tener una idea que me gusta: me has rascado la cabeza, cosa que nunca le ha hecho nadie a un Señor Hambriento. Si quieres ser mi amigo, iré adonde me lleves. Como ves, soy ciego, y tú verás por los dos". Entonces eché a andar y el Señor Hambriento se vino a mi lado, como los perritos que queremos. Eso es todo.

Esta historia impresionó hondamente a los upa-upa. Los hombres, las mujeres y los niños hablaron durante cuatro días de Totora, como se habla de los grandes héroes. Esto desagradó a Búa como nada le había desagradado en su larga existencia.

"Totora es un peligro —pensó—. Cualquiera día lo nombran hechicero. Algo hay que hacer para desacreditarlo".

Y Búa comenzó a hablar de Totora como se habla siempre de los niños ociosos que no sirven para nada. Por su nacimiento, pertenecía Totora a la casta de los guerreros; pero Búa se dio maña para convencer a la tribu de que Totora no sería nunca un guerrero valeroso y robusto. Y lo convirtieron en aprendiz de cazador. Así vivió dos años, hasta que Búa insistió en una asamblea que era inútil tratar de hacer un buen cazador del infeliz Totora. Entonces el niño pasó a ser uno de los innumerables chicos negros que solo sirven para traer agua del lago y para ayudar a las mujeres en la cocina.

Los padres de Totora, muy humillados, enviaron al niño a casa de su abuelo, la que estaba al pie de la montaña. El abuelo era un anciano que se había distinguido en varios combates y poseía un conocimiento muy exacto de los hombres.

—Tu gran enemigo es el hechicero Búa —dijo el anciano—. Es difícil combatir con él. Su poder es tan grande como el del rey Upanga. Pero no

debes desanimarte. Mientras vivas conmigo, te ejercitaré en el manejo de las armas, y llegarás a ser uno de nuestros guerreros más terribles. El rey Upanga permitirá que te midas en ruidosos torneos con sus mejores oficiales. Tú los vencerás, y de este modo recobrarás el aprecio de todos.

—No me interesa lo que me propones—contestó sonriendo Totora—. Yo deseo algo más.

—¿Algo más?—preguntó el anciano, estupefacto—. ¿Qué más puedes desear? Eres muy joven para saber lo que te conviene.

—Sin embargo lo sé—dijo Totora.

—¿Y qué es lo que sabes? Me gustaría oírlo.

—Quiero ser hechicero, pero muy superior a Búa—dijo el niño.

Entonces el anciano juntó las manos y lanzó un grito que significaba la más inmensa desesperación.

—Para ser hechicero—dijo por fin— hay que aprender importantes secretos y conseguir un poder maravilloso, que únicamente lo otorgan nuestros dioses allá arriba, en el castillo en que vive Upa-Upa, el inmortal.

—Yo seré hechicero aunque Upa-Upa se oponga—respondió Totora, sonriendo como lo hacía siempre, es decir, con una sonrisa que resultaba indescifrable.

El anciano volvió a gritar su desesperación y después, con gesto furibundo, le señaló a Totora la puerta.

—¡Márchate ahora mismo!—aulló—. No quiero tenerte un minuto más en mi casa.

Totora inclinó la cabeza, pidió que le perdonara su osadía y luego se marchó como se lo ordenaban.

“¿Qué haré?—se dijo—. No puedo volver a casa de mis padres. Búa me odiará siempre. Estoy de más en el pueblo de los upa-upa”.

Y empezó a subir la montaña. Después entró en el corazón de la selva. Y como estaba cansado, se tendió a dormir.

## Totora medita y sigue adelante

---

El aire frío de la mañana despertó a Totora. Se sobó un rato los brazos y las piernas, para desentumecerse, y miró entretanto hacia todas partes. Recordó entonces que había huido de su pueblo y sintió una secreta angustia.

“¿Qué haré, completamente solo? –pensó, fijando la mirada en la tierra—. Yo no sirvo para nada. Búa tiene razón”.

Pero interrumpió sus pensamientos al advertir que alrededor suyo había numerosas huellas

de grandes y pequeñas bestias, que, mientras dormía, habían venido a olfatearle.

“No han querido comerme —dijo para sus adentros—. Sin embargo, soy tan apetitoso como todos los demás. Tal vez un poco flaco, no muy grande; pero más vale un mordisco en una presa chica que ninguno en una presa gorda”.

Y en ese preciso momento se le ocurrió algo que le llenó de alegría. Pensó que únicamente a los grandes hechiceros no los devoraban las bestias. A cualquier otro, en un caso como el suyo —dormido allí, indefenso—, ¿no lo tomaría el Señor Hambriento entre sus dos grandes patas, entornados los ojos, relamiéndose, para ir poquito a poquito quitándole la vida, en una cena callada y feliz?

“En realidad —se dijo—, si tanto he deseado siempre ser hechicero, es porque ya lo soy, sin saberlo. El día menos pensado me voy a dar cuenta de esto. ¡Y qué gozo va a ser el mío!”

Tanto le entusiasmó la idea que ni siquiera recordó que tenía hambre y que iba a serle

difícil conseguir un solo bocado. Se levantó de prisa, sacudió el cuerpo como un perrito que se ha caído al agua, y empezó a caminar. Para acompañarse en su marcha, imitó con la boca, lo mejor que pudo, el sonido de un tambor negro.

—¡Bum, bum, bum! —cantaba—. ¡Bum, bum, bum!

Mucho más allá, unos monos que comían en las copas de los árboles sintieron el extraño ruido y miraron hacia abajo. Nunca habían visto a un negro ni a un blanco, y tanto se asombraron que dejaron caer, pelada, la fruta que comían. Totorá se detuvo y, sin mirar hacia arriba, para no perder tiempo, recogió la fruta y se la llevó a la boca.

“Ando con suerte —pensó—. Si esto continúa, los upa-upa lamentarán mi ausencia. Búa es un envidioso. Nunca lo he visto hacer nada que valga la pena. Estoy seguro de que si anduviera solo por aquí, se moriría de hambre”.

Y caminó largamente hasta llegar a orillas de un río que no conocía. El sol empezaba a

calentar con fuerza, y Totorá se dirigió hacia el agua para refrescarse. Se mojó la cabeza, las manos, las piernas, el pecho. Y de pronto lanzó una exclamación ahogada pero gozosa. Entre unas altas hierbas, amarrada a la orilla, vio una canoa con sus remos.

“Un buen viajero no pierde una oportunidad tan hermosa”, pensó con regocijo.

Desató las amarras, subió en la canoa y movió los remos pausada y firmemente. El agua era mansa y la canoa se deslizó por ella hasta llegar al centro de la corriente, donde no tardó en emprender veloz carrera.

Pero entonces oyó unos gritos en la orilla. Miró hacia atrás, y vio a dos negros armados que aullaban como demonios enfurecidos.

“La canoa les pertenece —pensó Totorá—, y lo honrado es que la entregue”.

Los negros se calmaron al ver que Totorá luchaba con mucho vigor para deshacer su camino. Corrieron por la orilla, blandiendo sus armas, al encuentro de la canoa que volvía. Totorá atracó junto a unas piedras, y

sin soltar los remos se quedó mirando a los dos hombres, sonriendo con su misteriosa sonrisa.

—¿Quién eres? —le preguntó uno de ellos, poniendo cara de enemigo.

—Me llamo Totorá, y puedo llevarlos donde quieran —respondió el muchacho.

Los dos hombres se miraron con extrañeza y gruñeron rápidamente todo lo que el caso exigía. ¡No era poco audaz el muchacho! ¡Invitarlos a su propia canoa, como si fuera el dueño!

—¿Y qué haces por aquí? —le preguntaron—. ¿De dónde vienes? ¿Qué pensabas hacer con nuestra embarcación?

Totorá retuvo en la memoria las tres preguntas, en su orden respectivo, y las contestó con voz clara:

—Hago por aquí lo que puede hacer el que se ha alejado de su pueblo. Vengo de las tierras de los upa-upa. Con esta embarcación pensaba alejarme sin rumbo, confiado en encontrar un buen camino.

Los dos hombres sonrieron, sin saber por qué. Hacía mucho tiempo que oían hablar de los upa-upa, y deseaban conocer a alguno. ¡Lástima que éste fuera solo un muchacho! Los upa-upa tenían fama de guerreros y de cazadores.

—¿Y qué sabes hacer? —le preguntaron.

—Todavía no sé hacer nada, pero he salido de mi pueblo para hacerlo todo —repuso Totorá, contento de su respuesta, que, sin decir nada, decía mucho, como la de un hechicero de gran prestigio.

—Nosotros somos cazadores y andamos en busca de Aquel que mata y no se nombra —dijeron los hombres.

—¿Detrás del tigre? —preguntó Totorá.

Los dos negros agacharon la cabeza, como si temieran un repentino zarpazo, y le pidieron al niño que no pronunciara el nombre del enemigo.

—Es temible —murmuraron—, y cuando se dice su nombre, aparece y devora. Hay que cogerlo sorpresivamente.

—No le temo —dijo Totorá—. Sé cómo hay que hacer para volverlo manso.



Y les contó enseguida la historia del tigre ciego. Entonces los negros se miraron nuevamente y pensaron que tal vez entre los upa-upa existiera el secreto preciso para dominar a Aquel que no se nombra. Decidieron que habían hecho una gran adquisición e invitaron a Totor a seguir con ellos hasta la tierra en que habitaban.

—Me gustará conocerla —dijo Totor, entregándoles los remos.

Bogaron los negros hasta llegar a una tierra pedregosa. Sacaron la canoa hacia la orilla y después subieron con el niño hacia unas altas dunas. En lo alto, mientras se detenían a descansar, Totor vio no lejos un pueblecito muy semejante al de los upa-upa. Uno de los negros se llevó ambas manos a la boca, a modo de bocina, y lanzó un grito ronco y largo, seguido de dos breves agudos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Totor, intrigado.

—Anunciamos que no traemos a Aquel que devora, pero que hay novedades —repuso el negro.

Aguardaron unos instantes, y de pronto, lejos, se oyó el sonido de un tambor.

—Nos dicen que bajemos —dijo el negro.

Y se pusieron en marcha. A la llegada al pueblo, todos estaban aguardándoles. Un anciano cubierto con una piel, y con la cara llena de extraños tatuajes, se acercó a hacer preguntas. Le respondieron los negros que Aquel que devora se había ocultado, y que con ellos se había venido el muchacho, del pueblo de los upa-upa. El anciano miró con curiosidad a Totor, en silencio, y le preguntó después:

—¿Por qué te has venido con ellos? ¿Qué razón te ha obligado a abandonar tu pueblo? ¿Qué trabajo podrás hacer entre nosotros?

Totor ya estaba acostumbrado a contestar ordenadamente, de manera que sin dificultad ninguna respondió sonriendo:

—Me he venido con ellos, porque la canoa ha llegado hasta aquí. He abandonado mi pueblo porque allá dicen que no sirvo para nada. Y creo que puedo trabajar tan diestramente como cualquiera.

—¿Cuál es tu trabajo? —preguntó el anciano, frunciendo sus tatuajes en un gesto de duda.

—Soy hechicero —respondió Totorá.

Entonces se echaron todos a reír. ¿Podía ser hechicero un muchachito sin experiencia? Nunca se vio tal cosa, ni nunca se verá.

—Cuenta lo que has hecho, para que te creamos —dijo el anciano, riendo estruendosamente.

—He sido el mejor amigo de un tigre ciego —murmuró Totorá.

—¡Calla! —gritó el viejo—. No nombres a Aquel que no se nombra.

—Yo puedo nombrarlo, y donde yo estoy no hay peligro —murmuró Totorá, contento del asombro que veía en todas las caras—. Además, he hecho que caigan de los árboles sabrosas frutas en los momentos en que empezaba a tener hambre.

—Lo que sucede es que nunca he visto a un mentiroso tan seguro de sus mentiras —declaró el anciano—. Puedes ser un mal ejemplo si te quedas aquí. Pero como soy hospitalario, voy a probarte. Si no consigues convencerme, te daremos una canoa para que te alejes.

Guardó silencio el anciano y dijo tras profunda meditación:

—Has dicho que eres hechicero. Demuéstralo.

—Me gustaría ensayarme primero estando solo —dijo Totorá—. Hay cosas que no se hacen en público.

El viejo se echó a reír nuevamente. Y con él rieron los hombres y las mujeres reunidos en torno de los recién llegados.

—Lo que tú quieres al verte perdido es huir —dijo el anciano—. Voy a darte un consejo: toma hacia la izquierda, donde no tardarás en encontrar la selva. Si quieres huir intérnate por ella, y creeré en tus poderes si logras volver mañana sano y salvo. Pero si lo que deseas es servirnos, enciende las hogueras que cada noche encendemos, sin que nadie te ayude.

—Está bien —dijo Totorá.

Entonces el jefe ordenó a los de su tribu que se marcharan a sus casas y dejaran solo a Totorá hasta que atardeciera.

—Si las hogueras no han sido encendidas entonces, otros las encenderán, y tú tendrás

que irte selva adentro —dijo el anciano, marchándose también.

Totora se quedó solo y empezó a caminar. Tenía todo el día por delante para resolver su situación. Una leve angustia comenzaba a invadirle. ¿Qué haría? En realidad bien sabía que no era hechicero. ¿Y entonces? ¡Ay, qué lejos quedaban los suyos, que le conocían y perdonaban!

## El resplandor de las hogueras

Llegó hasta una colina, no lejos de la selva, y se sentó a mirar hacia el pueblo. Vio el ir y venir de la gente. Como no conocía sus costumbres, todo le parecía extraño en ellas. Y se divertía contemplándolo todo.

Al cabo de unas horas, unos niños subieron para traerle alimento. Mientras comía, los niños le miraban con curiosidad, a corta distancia.

—¿Y tú vas a encender las hogueras? —le preguntó uno de ellos, de repente.

Totora recordó su compromiso, y sintió que, a pesar suyo, temblaba.

—Se ve que no sabes hacerlo —dijo el niño, marchándose después con sus compañeros.

Totora les oyó reír mientras bajaban la colina. Entonces pensó huir, para no verse obligado a intentar una obra que no podría hacer. Pero ¿hacia dónde escapar? No le quedaba sino internarse por la selva, y sabía muy bien que esto era peligroso. Entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, sonrió, se encogió levemente de hombros, y una absoluta serenidad le hizo permanecer quieto, sentado entre las hierbas. Esto mismo le había sucedido muchas veces, en momentos difíciles: sentía una gran calma y aguardaba los acontecimientos.

Pasaron las horas. De pronto sintió unos pasos y vio a un hombre que se acercaba. Totora se puso de pie para recibirle.

—Ha llegado la hora de encender el fuego —dijo el hombre, sonriendo—. No esperaremos mucho. La tribu no puede pasar una noche

entera sin las hogueras protectoras. Volveré dentro de poco, si no consigues hacer nada.

Y se marchó a lentos pasos. Esta quietud, estas suaves palabras del hombre, le parecieron a Totora un sueño agradable, sin peligros, del cual podría salir fácilmente, sin atormentarse gran cosa.

“Encenderé el fuego —se dijo—. Y habrá unas grandes llamas toda la noche. Entonces crecerán en mí”.

Bajó de la colina y se encaminó a la entrada de la selva. Se detuvo a mirar los grandes árboles. Empezaba a haber un profundo silencio. Tendió el oído y muy lejos le pareció escuchar el paso de las bestias, que despertaban al atardecer. Le pareció verlas, ágiles, fuertes, tranquilas, caminando hacia los sitios en que, de costumbre, cazaban.

“Y ahora, ¿qué es exactamente lo que voy a hacer?”, se preguntó.

Sabía que para encender el fuego se necesitaban muchos preparativos. Y nunca era un solo hombre el que encendía todas las hogueras.

“Es inútil —se dijo—. Vendrán a encenderlas ellos si quieren. Yo esperaré aquí. Además, les diré que ésta no es una prueba digna de un hechicero, y que no hay necesidad ninguna de que les demuestre que lo soy. ¿Acaso entre los upa-upa se prueba cada día al hechicero? Se cree en él, y nada más. Así también tendrán que hacer conmigo. Y si no, me marcharé. No podrán impedirlo. Este no es mi pueblo, y puedo abandonarlo ahora mismo o cuando quiera”.

En esos momentos empezó a soplar un fuerte viento. Fue algo repentino, que nunca comienza de esa manera. El viento se anuncia, por lo general, durante un rato. Corre por aquí y por allá, y de repente silba, aúlla, golpea con fuerza cuanto existe en su camino.

“Este es un viento magnífico para agitar las llamas —pensó Totorá—. Y ha llegado muy oportunamente. Lo único que falta es el fuego”.

Y tal como había visto hacer a Búa, en muchas ocasiones, cuando el hechicero de los upa-upa pedía algo, Totorá levantó ambos brazos y, tendiéndolos hacia la selva, murmuró una sola palabra:



—¡Fuego!

Sintió crepitar las hojas y las ramas, vio un resplandor rojo, y juntó los párpados, inquieto. Volvió a abrirlos y entonces se dio cuenta de que el fuego había empezado.

“¿Lo he encendido? —se preguntó—. ¿Es verdad que lo he encendido?”

Y al reparar en que era cierto, que el fuego crecía, impulsado por el viento, una alegría loca le dominó de súbito, una de esas alegrías que obligan a brincar, a mover los brazos, a dar grandes gritos, a hacer todos los gestos de la locura que estalla.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! —empezó a gritar, con el gozo más grande de su vida.

Y el fuego le obedeció. Ayudado por el viento, se fue sobre los inmensos árboles. Subían las llamas por los gruesos troncos, retorciéndose. Y el cielo se ponía rojo.

En la selva, los animales vieron aparecer el fuego, sintieron que corría selva adentro, y olfatearon temerosos hacia los cuatro puntos cardinales. Después emprendieron una veloz carrera. Tembló la selva con el estrépito de los

galopes precipitados. Y el grito de las bestias, confundido, era tan espantoso que los más valientes hubieran podido sentir un estremecimiento invencible, como una muchachita que advierte que va a desmayarse.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritaba Totorá, brincando con alegría infernal.

¡Qué fácil era ser hechicero! Bastaba abrir los brazos y pronunciar una sola palabra, y todo sucedía como se deseaba.

Entretanto, en el pueblo, los habitantes vieron trepar hacia el cielo las enormes llamas, sintieron soplar el viento desencadenado, y un miedo terrible les dominó a todos.

—¡Ha encendido las hogueras! —gritaron las mujeres.

—Si el viento empieza a soplar hacia acá, el fuego llegará hasta nuestras viviendas —dijeron los hombres.

—Las llamas llegan hasta las nubes —murmuraron los niños, temerosos, tratando de esconderse.

Entonces el jefe de la tribu, el hombre de rostro tatuado, reunió a sus consejeros y les habló nerviosamente.

—No creí nunca que esto iba a suceder —murmuró.

—Ni nosotros lo creímos —le contestaron.

—Que vayan inmediatamente en busca de ese demonio —dijo el jefe—. Y que traten mis hombres de apagar el fuego.

Los tres hechiceros de la tribu aparecieron con sus viejos tambores, se sentaron en el suelo y comenzaron a hacerlos sonar de un modo preciso. Era el mejor medio que conocían para apaciguar el fuego. Muchas veces habían explicado ya que las llamas obedecían a la música creada por ellos. Y por eso esperaban ahora todos los habitantes de la tribu que los tambores detuvieran el ímpetu de las gigantes llamas.

Mientras tanto, varios hombres iban corriendo hacia la entrada de la selva, para traer a Totorá. Lo encontraron brincando jubilosamente ante el descomunal incendio. Y escucharon los indescriptibles aullidos de todas las bestias que huían de las llamas en todas direcciones, hacia las montañas, hacia los pueblos vecinos, hacia los valles deshabitados,

hacia los desiertos en que no hay sino arenas para ser cruzadas por los camellos.

Al ver a Totorá brincando de ese modo, creyendo que se trataba de una danza especial, destinada a mantener el fuego, temblaron de espanto. Uno de ellos, cerrando los ojos, se acercó poco a poco a Totorá y le tocó levemente en un hombro. Totorá siguió bailando. Entonces le tomó con fuerza, para obligarle a calmarse.

—¡Apaga el fuego! ¡Apágalo! —gritó, haciendo enseguida una profunda reverencia.

Los otros hombres se habían echado al suelo, y golpeaban la tierra con sus frentes. Totorá se detuvo, los miró y tuvo una sonrisa alegre que confundió a los mensajeros.

—Ahora sabemos que eres grande entre los grandes —dijo el hombre que le había obligado a quietarse—. No nos hagas sufrir de este modo. El fuego va a incendiar el pueblo en que vivimos si el viento cambia.

Totorá les miraba como ausente, como si no los viera. Estaba feliz de darse cuenta de que era, en realidad, un hechicero, y de los mejores.

“¡Y yo que lo había dudado! —pensaba—. Claro está que decía que era hechicero, porque me gustaba. Pero dentro de mí sabía muy bien que no lo era. ¡Y lo soy, lo soy! Es la alegría más grande que podré sentir, aunque viva hasta encanecer y encorvarme. Pero, ¡qué cosa tan fácil es ser hechicero! No cuesta absolutamente nada. No me explico por qué se les respeta tanto. Cualquiera puede serlo, si se lo propone, como yo. Basta abrir los brazos y gritar. ¡Delicioso, realmente!”

Los hombres que habían venido a buscarle le suplicaban que los siguiera, que apagara el fuego, que se dignara atender su ruegos muy humildes; pero Totorá no los escuchaba. Veía cómo el fuego empezaba ahora, guiado por el viento, a arrastrarse por entre las hierbas, camino del pueblo; y escuchaba, lejos, el sonido de unos tambores.

—¿Qué es eso? —preguntó de repente—. ¿Por qué suenan esos tambores?

—Nuestros tres hechiceros tocan su música contra las llamas enemigas —dijeron los hombres.

Totorá meneó la cabeza y echó a andar hacia el pueblo, seguido respetuosamente de los que

habían venido en su busca. Encontró a todos reunidos en un amplio espacio, entre las chozas, al pie de grandes árboles. Al centro, los tres hechiceros tocaban sus tambores ronc, golpeándolos con las manos abiertas muy rápidamente, y luego con el puño cerrado, siguiendo un lento compás.

El jefe de la tribu se acercó a Totorá, le hizo una reverencia y le dijo:

—Creemos en ti. Has encendido el fuego, y para castigarnos, las llamas que has hecho brotar son más altas que todas las que hemos visto.

—¿Quieren que el fuego se apague al son de esos tambores? —preguntó Totorá, señalando hacia los tres hechiceros, que con sus trajes de ceremonia transpiraban al advertir que sus esfuerzos eran inútiles.

—Tratan de apagarlo —dijo el jefe—, pero el fuego viene hacia acá. Es la primera vez que esto nos sucede. Confiamos en ti.

Entonces Totorá se dirigió hacia los hechiceros, tomó uno de los tambores, y, sentado en el suelo, miró hacia arriba, como tratando de inventar rápidamente una música distinta,

ya que le había sido imposible aprenderse la que tocaban los tres magos.

Al verle en esa actitud, se produjo un silencio profundo. Los hechiceros que aún sostenían sus tambores dejaron de tocarlos. Y Totorá comenzó a golpear el viejo tambor de una manera inesperada, como nunca se había tocado antes, y era muy natural que así lo hiciera, ya que no conocía el oficio. Pero lo que entonces aconteció fue fantástico. El viento se apaciguó repentinamente. Las llamas se fueron apagando. Y solo quedaron encendidas unas hogueras sin importancia, iguales a aquellas de todas las noches.

Totorá dejó de tocar y se levantó rápidamente. Y todo el pueblo lanzó un aullido de alegría, tan violento que parecía un grito de guerra.

El jefe de rostro tatuado se acercó a Totorá y le dijo con voz llena de solemnidad, que todos escucharon en religioso silencio:

—Hasta ahora, solo sé de ti que vienes del pueblo de los upa-upa. Ignoro las razones que te han obligado a abandonarlo, y no te las preguntaré. Lo que has hecho entre nosotros

lo escribirán en grandes piedras mis cronistas. Esto quiere decir que desde este momento eres bien venido a la tribu de los kimanes, a que pertenecemos.

Todos volvieron a gritar alegremente, y Totorá inclinó la cabeza. Pero tuvo que levantarla, porque el jefe volvió a hablarle:

—Ni siquiera sé tu nombre —le dijo.

—Me llamo Totorá.

—Totorá, el del fuego, te llamarás entre nosotros —dijo el jefe.

Y antes que gritaran nuevamente los hombres, las mujeres y los niños kimanes, el jefe llamó a dos guerreros que tenía cerca y les habló algo en voz baja. Los guerreros caminaron hasta los tres magos y, sin cortesía alguna, se los llevaron hacia el interior del pueblo.

—¿Puedes decirme qué es lo que has ordenado? —preguntó Totorá.

—Ya no me sirven, desde que estás conmigo —dijo el jefe—. Eres superior a ellos. Mañana, al amanecer, mis arqueros dispararán sobre ellos, y después iremos a dejar sus cuerpos en las aguas del río.

—¿Así tratas a tus hechiceros? —preguntó Totorá.

—Los trato así cuando aparece un mago como tú. Esto no ha sucedido nunca. Pero, en adelante, lo que hago será ley en la tribu de los kimanés.

Totorá ni pestañeó siquiera, y dejó que, en solemne procesión, le condujeran hasta la choza destinada a los hechiceros. Las mujeres y los niños iban delante, cantando; detrás caminaban los hombres, agitando sus lanzas y sus arcos. El jefe seguía a Totorá a tres pasos, inclinada la cabeza.

Una vez en la choza, que era más grande que las otras, Totorá estuvo largo rato tratando de familiarizarse con muchos objetos extraños que allí había, mientras afuera sonaban tambores y voces alegres.

“En realidad, ser hechicero es como ser rey”, pensó Totorá, y en voz baja comenzó a imitar las canciones que cantaba el pueblo ante su puerta.

## Una canoa río abajo

La mañana siguiente le despertó un sonido ronco, pausado. Se dio cuenta de que era un tambor y tuvo el presentimiento de que se trataba de algo desagradable. Se levantó del rincón en que se había tendido; no lanzó siquiera una mirada a los objetos que había por todas partes: hierbas atadas en grandes líos, calaveras, flechas de diversos colores, puñales, cántaros llenos de líquidos verdosos, rojizos, azules.

Salió a la puerta y escuchó. El tambor sonaba más o menos al centro del pueblo. Totorá echó a andar en dirección de aquel ruido monótono. Por el camino se encontró con un grupo de mujeres que se dirigían también hacia allá.

—¿Qué sucede? —les preguntó.

Las mujeres se inclinaron con respeto, y tardaron en contestar. Una de ellas, con los ojos bajos, en actitud de esclava ante su señor, dijo con voz muy suave:

—Van a ejecutar a nuestros tres hechiceros.

Totora avanzó entonces a grandes pasos, dejando atrás a las mujeres. Y llegó al mismo sitio en que solo hacía algunas horas había recibido la bienvenida del jefe de los kimanés. Allí estaba ya casi todo el pueblo. Totora se detuvo bajo un árbol, a algunos pasos de la multitud, y aguardó. De repente calló el tambor, que tocaba un viejo, en cucullas, adornada la cabeza con grandes plumas desparramadas en todos sentidos.

Por entre dos grandes árboles, frente a Totora, aparecieron los guerreros. Vestían sus trajes de gala. Tomaron colocación en un extremo y se quedaron inmóviles, con sus armas. Después, por entre los mismos árboles, aparecieron unos hombres de cuerpo pintarrajeado, llenos de ajorcas y de brazaletes pesados y sonoros.



Llevaban tamboriles y diversos instrumentos musicales. Se colocaron frente a los guerreros.

De pronto volvió a sonar el tambor. Y el jefe de la tribu asomó entre los dos árboles, seguido de seis o siete gigantescos guerreros que traían unos arcos pintados de esmeralda, brillantísimos.

El jefe fue a sentarse en un sillón tosco, de madera oscura. Era el tronco de un árbol, tallado de extraña manera. Y cuando el jefe se sentó, el tambor empezó a sonar agitadamente. Pocos minutos después aparecieron los tres magos, amarradas las manos, entre varios guardias que llevaban al hombro unas mazas.

Calló el tambor. Y avanzaron los bailarines, mientras a los magos se les ataba a unos árboles que quedaban frente al sillón del jefe.

Totora miraba todo esto con suma atención. Muchas veces había visto ceremonias parecidas, con visible agrado. Y por eso, indudablemente, no perdió un solo gesto de los bailarines. Eran bastantes ágiles, claro está. A menudo daban unos saltos inmensos, al son de los tamboriles; después se arrastraban como panteras moribundas y volvían a saltar.

Nadie se movía. Las grandes fiestas no se repiten todas las semanas, de modo que hay que saber disfrutarlas, sin moverse, mirando con atención, cerrada la boca, muy abiertos los ojos y rígido el cuerpo.

Cuando los bailarines terminaron de saltar y de arrastrarse, el tambor volvió a sonar lentamente. El jefe levantó una mano y los arqueros que le habían acompañado se dirigieron hacia los magos, deteniéndose a diez pasos de un hombre de largas piernas. El jefe pronunció una sola palabra, en voz muy alta, y los arqueros apuntaron. Totora miró a los hechiceros y le pareció que cambiaban de color. Entonces, con una agilidad extraordinaria, Totora corrió hasta ponerse delante de los arqueros.

Hubo un murmullo sordo. Totora vio que el jefe se levantaba y permanecía inmóvil, mirándole con severidad. Se estremecían los tatuajes de su rostro.

—No deben morir —dijo Totora.

El jefe avanzó con lentitud, mientras los arqueros se apartaban.

—Es la nueva ley de los kimanes —dijo el jefe.  
—No es buena ley —murmuró Totorá—. ¿Qué harías tú sin ellos?

—Te tengo a ti —declaró el jefe.

—Me iré cualquier día —respondió Totorá—. Vengo del pueblo de los upa-upa, y no puedo detenerme entre los kimanes. He de seguir adelante, por los valles y las selvas, para regresar al río del Colmillo, que es el de mis mayores.

—No te irás —dijo el jefe—. Te he dado la bienvenida para que olvides a los upa-upa y seas un kimán, como yo, como todos los que estamos aquí. Desde ayer, eres el hechicero de nuestra tribu. Y estos hombres deben morir. No trates, Totorá, el del fuego, de cambiar el curso de las cosas.

—No deben morir —repitió Totorá, testarudo—. Me vaya o me quede, estos hombres son necesarios. Vivirán junto a mí; yo cuidaré de ellos, y todos cuidaremos de los kimanes.

—¿Eso es lo que debe hacerse? —preguntó el jefe.

—Ya lo has oído —dijo Totorá, que empezaba a aprender el tono solemne que el jefe de los

kimanes adoptaba de continuo—. Esos hombres han de vivir conmigo, para bien de todos. Ellos me ayudarán a llamar la lluvia cuando falte, y a expulsarla cuando sobre.

—No los necesitas. Eres grande entre los grandes, Totorá, el del fuego —dijo el jefe.

—Los necesite o no, te pido que me los dejes —murmuró Totorá, satisfecho de que todos los ojos le miraran y todos los oídos le oyeran.

—Nada puedo negarte —declaró el jefe, temeroso de oponerse a la voluntad de Totorá, el del fuego.

Y apenas habían desamarrado a los tres hechiceros, y todos los kimanes se preparaban para retirarse, un poco descontentos de haber perdido el espectáculo de la ejecución, he aquí que sucedió algo completamente imprevisto. Se oyó el galopar de unos caballos que se acercaban. Poco después entraban en la plaza tres jinetes, cubiertos con pieles amarillas y armados de filudas lanzas.

—¡Los chanidos! —le oyó Totorá murmurar al jefe de los kimanes.

Uno de los jinetes bajó del caballo con ágil salto; se inclinó ante el jefe kimán y le entregó, como presente, una enorme piedra dorada.

—Es de mi jefe para el kimán poderoso —dijo el jinete—. Y le ruego al kimán valiente y diestro que escuche mis palabras. Soy un chanido mensajero.

—Habla —dijo el jefe de los kimanos, que por primera vez se mostraba sobrio.

—Han ocurrido cosas que no nos explicamos —dijo el chanido, inclinándose tres veces mientras hablaba, y quedándose después tan rígido como si se hubiera convertido en piedra—. Cosas que han venido de las tierras kimanas hasta los valles chanidos, y nos han llenado de asombro y estupor —añadió con rapidez.

—Habla —volvió a decir el jefe de los kimanos, porque el jinete había hecho una pequeña pausa, talvez para respirar.

—Al atardecer —dijo el jinete—, cuando la luna empezaba a brillar, hemos visto ayer, de pronto, desde nuestros pueblos de las montañas, y los del valle, un resplandor inmenso. Tan grande como

no pudimos nunca contemplarlo antes, y no hay anciano de nuestra tribu que recuerde algo que se parezca a aquel incendio. Miramos hacia acá, y los sabios de entre nosotros dijeron: “El viento y el fuego exterminarán a los kimanos. El cielo está rojo, y roja debe de estar la tierra kimana, mientras arde”. Pero sentimos, entonces, un estruendo terrible. Los más valientes chanidos se ocultaron. Conocían ya el galopar de las fieras, pero nunca las habían visto juntas, huyendo desesperadas, como un pueblo vencido al que persigue el pueblo vencedor. Pasaron todas las fieras conocidas y las que nunca vimos antes. Entraron por nuestros pueblos y destruyeron sembrados, moradas, vidas de guerreros y de chanidos indefensos, que no alcanzaron a huir oportunamente. Corrían lanzando sus gritos de espanto. Y el fuego, desde lejos, les indicaba el camino. Esto duró muchas horas. Cuando volvió la calma, nuestro hechicero dijo: “Han perecido los kimanos. El fuego no perdona a nadie cuando se irrita como ahora”. Entonces nuestro jefe me ha entregado esta piedra de gran valor, y me ha dicho: “Ponla en manos del jefe de los kimanos,

si es que vive; si vuelves con ella, es que todos han perecido”.

Calló el jinete, se inclinó doce veces y aguardó.

—¿Has hablado? —preguntó el jefe kimán, siempre sobrio.

—He hablado —respondió el jinete, terminando por fin de hacer sus reverencias.

—Ya lo ves —dijo el jefe kimán—: todos vivimos. El fuego ha sido nada más que una hoguera encendida por nosotros, frente a la selva. Si las bestias han huido, si a su paso por las tierras chanidas han causado destrucción, lo lamentamos. Las bestias regresan cuando hay caza, y los chanidos reconstruyen lo que se derrumba.

—¿Es todo lo que puedes decirme? —preguntó el jinete.

—También puedo decirte que tu hechicero ha errado al decir que hemos muerto —declaró el jefe kimán—. Y has de saber que el hechicero más grande de todos los pueblos está con nosotros.

Señaló hacia Totorá y agregó solemnemente:

—Es Totorá, el del fuego, y no se equivoca nunca.

Los jinetes miraron a Totorá; comprendieron que si le llamaban “el del fuego” era porque seguramente había hecho brotar aquel incendio pavoroso, y se inclinaron. Después subieron en sus cabalgaduras y emprendieron el galope de regreso.

Los kimanos quedaron satisfechos de los discursos que habían escuchado, y se marcharon a sus casas. El jefe del rostro tatuado se retiró en compañía de sus arqueros, y Totorá se dirigió a su casa, seguido de los tres hechiceros salvados de la muerte.

Cuando llegaron a la choza, los hechiceros se apoderaron de una mano de Totorá y la acariciaron con sus frentes ásperas.

—Nos has salvado —le dijeron—; te obedeceremos sumisamente. Manda y te obedeceremos.

—Esta noche quiero salir de aquí —murmuró Totorá—. El mundo es más grande, y deseo conocerlo.

—Tus deseos serán cumplidos —dijeron los magos, inclinándose.

Poco después le dejaban solo. Y el día transcurrió sin novedades para Totorá. Todo el tiempo

estuvo pensando en que era un hechicero, y se alegraba tanto que no sabía cómo manifestar su gozo. Por eso se quedaba tranquilo, cabizbajo, frente a los líos de hierba y a los cántaros llenos de líquidos seguramente mágicos.

No advirtió que había vuelto a oscurecer, que el día ya estaba lejano y la noche avanzaba con pasos silenciosos por todas partes. Tampoco advirtió que los tres hechiceros habían entrado en la choza y le miraban, callados, desde un rincón. Cuando alzó los ojos, vio sus sombras.

—¿Podemos hablarte? —le preguntaron.

—Escucho —dijo Totorá, contento de ser sobrio a veces, como el jefe de los kimanes.

—Tu huida está preparada. Si nos sigues, podrás alejarte por el mundo.

Totorá se levantó y siguió a los hechiceros. Lo llevaron por caminos difíciles, hasta el río. Allí había una canoa.

—Hemos puesto alimentos y armas en ella —le dijeron—. Puedes confiar en nuestros cuidados.

Totorá subió en la canoa y cogió los remos. Agitaron las manos los tres hechiceros, y Totorá, pensativo, se perdió poco a poco, río abajo.

## La estatua de piedra

No sentía inquietud alguna. Una voz secreta parecía decirle a Totorá que su destino era bueno y podía confiar en él. De modo que remaba con calma, deseoso de llegar al amanecer a la tierra de los chanidos. Tenía una gran curiosidad y deseaba satisfacerla: ¿Cómo sería el hechicero de los chanidos y qué métodos emplearía para realizar su propósitos? Porque es el caso que ahora lo que más deseaba era conversar con un hechicero, como un amigo que puede hablar y oír con entera confianza toda clase de cosas. ¿Serían todos los hechiceros como él? ¿Trabajarían sin darse cuenta

de lo que hacían, y sorprendiéndose de los resultados de sus palabras y de sus gestos? ¿O tendrían realmente algún secreto importante? Totora quería saberlo.

“Si yo, sin saber nada —reflexionaba Totor, río abajo—, consigo hacer cosas tan extraordinarias, ¿qué no podría hacer si logro aprender el arte de la hechicería? ¿O todo sucederá sin que uno lo sepa? ¡Es extraño, de veras muy extraño esto de ser hechicero! ¡Estoy por creer que Upa-Upa, el inolvidable, existe allá arriba, en su castillo, y me mira y me protege! Si es así, no puedo contar con mejor protección. ¡Gracias, Upa-Upa, infinitas gracias por haberte acordado de mí! Te juro que has adivinado mis deseos como si te los hubiera contado en una larga conversación amistosa. Yo deseé siempre ser hechicero. La guerra y la caza no me han seducido nunca. Lo que siempre me gustó fue pensar que podían suceder de repente las cosas más raras, con solo desearlas. ¡Ah, qué lástima, Upa-Upa, que estés tan lejos y no

puedas contestarme todas las preguntas que quisiera hacerte ahora mismo!”

Pensando así, Totora empezó a sentir sueño. Dejó de remar, inclinó la cabeza y se durmió. La canoa siguió navegando por las aguas del río, como si remeros invisibles la guiaran. Y Totor, soñó algo muy extraño. Estaba en una alta montaña y de pronto veía a su lado a un hombre muy viejo. Totor no sabía cómo era Upa-Upa, porque siempre se lo habían descrito de diferente manera; pero supo, en su sueño, que se hallaba ante Upa-Upa.

—Soy Totor—dijo el niño, bajando la cabeza con respeto.

—Lo sé —murmuró el viejo—. Y, además, estoy seguro de que deseas hablarme. Dime lo que quieras, sin miedo, y te contestaré como se debe contestar a todo aquel que hace una pregunta que vale la pena ser respondida.

—¿Eres Upa-Upa? —preguntó Totor.

—Poco importan los nombres —dijo el viejo—. Lo que a ti te interesa es otra cosa. Y voy a hablarte un poco de lo que tanto deseas saber.

Desde luego, te aseguro que no debes creer una sola palabra de las que dicen los hechiceros.

—¿Es posible? —preguntó el niño, asombrado.

—Los hechiceros mienten para vivir —dijo el viejo—. ¿Y quieres que te diga la verdad? Los únicos que no creen en las mentiras de los hechiceros son ellos mismos. Pero todos los demás las creen, porque los hechiceros saben rodearse de un misterio que les da a sus gestos y a sus palabras un poder convincente.

—¿Engañan, entonces? —preguntó Totorá, lleno de angustia—. En tal caso, yo no quiero ser hechicero. Me gusta la verdad. Creo en todas las cosas inverosímiles, y dejaré de creer en ellas, con mucho dolor, si tú me dices que son mentiras.

—Cree en ellas, Totorá —dijo el viejo—. Para que las cosas inverosímiles existan, hay que creer en ellas. Y entonces son tan reales como todas las demás cosas que hay en el mundo. Los niños saben que es cierto lo que te digo. Ellos creen en las cosas que no se ven, pero que pueden verse nada más que deseándolo. Y tú eres un niño, Totorá.



—Cuando crezca —dijo Totorá—, ¿ya no creeré en nada? En tal caso, no quiero crecer.

—Hay hombres que siempre son niños —dijo el anciano, sonriendo amablemente—. Y tú serás un niño hasta después de viejo, es decir, siempre. Este es el único secreto de todos. Lo demás es mentira.

—No te entiendo bien —murmuró Totorá, frunciendo el ceño, pensativo—. ¿Quieres decirme, por ejemplo, que por ser un niño he creído encender grandes hogueras ante una selva, y que el fuego no ha existido? Entonces, ¿por qué huyeron las fieras y por qué lo vieron todos los habitantes de la tierra de los kimanes?

—El fuego existió —declaró el viejo, mirando a Totorá fijamente—. Y todos los kimanes no han sido engañados por ti. Todo aquello en que tú creas lo creerán los otros, porque lo verán como en este momento nos vemos los dos. Algunos nacen para hacer esto, como otros nacen para la guerra o para la caza. Lo que importa es no mentir. Y el hechicero miente porque no cree en lo que hace.

—Entonces, ¿todo lo que he hecho es verdadero? —interrogó Totorá, lleno de esperanza.

—Y lo que sigas haciendo, hasta el instante en que empieces a mentirte a ti mismo. Pero esa hora no llegará nunca, ¿verdad, Totorá?

—No quiero que llegue —respondió el niño.

Entonces se apagó la luz que había en la montaña, desapareció el viejo y Totorá despertó en la canoa, que las aguas del río iban arrastrando.

“¡Extraño sueño! —pensó Totorá, restregándose los ojos—. Juraría que ha sido tan cierto como todo lo que ha ocurrido hasta ahora”.

Y se puso a meditar en las palabras del viejo. Muchas no las entendía, pero otras le parecían tan claras como el amanecer que ya había asomado en el río y en sus orillas, por toda la tierra.

“Es difícil ser hechicero —pensó Totorá—. Los que hay, mienten. Pero yo no mentiré nunca. ¡Y ya veremos lo que pasa!”

Entretanto, durante la noche en que Totorá estuvo soñando en su canoa, por el río, los

jinetes chanidos galopaban por el valle, hasta llegar a su pueblo. Entonces supieron que el jefe de la tribu había enfermado de repente, a causa de las dolorosas emociones que había tenido al ver cómo las bestias fugitivas pasaban por su pueblo, destruyéndolo todo. Había una multitud reunida ante la choza del jefe, y en todos los rostros se podía leer la inquietud. De pronto apareció el hechicero chanido, Kuna, vestido de pieles y de plumas, y cubierto el rostro por una máscara horrible.

—Se salvará —dijo a la multitud—. Yo velaré por él.

Entonces el jinete que venía de la tierra de los kimanes se acercó a Kuna y le dijo que el jefe kimán estaba vivo, como todos los hombres y todas las mujeres de su pueblo, y que existía un hechicero llamado Totorá, el del fuego, cuyo poder extraordinario había encendido, sin duda, esas hogueras.

—¿Cómo es? —preguntó Kuna, y su voz sonaba muy extraña a través de la máscara de brillantes colores.

—Es un niño —dijo el jinete—. No parece un hechicero. Pero los kimanes lo admiran.

—Vuelve a la tierra de los kimanes —dijo Kuna—, y ruégale a Totorá que indique una colina, o un sitio cualquiera de los valles, donde podamos encontrarnos. Necesito hablarle.

Se inclinó el jinete, marchándose a cumplir la orden. Pero se dio cuenta de que su caballo, tras un viaje tan largo, no podría soportar una nueva marcha.

“Acaso el camino es más corto por el río —pensó el jinete—. Buscaré buenos remeros y estaré de vuelta antes”.

Y así fue como, al llegar el jinete a orillas del río, con sus remeros, vio venir, muy cerca, una canoa. Y se detuvo a esperar que atracase a la orilla. Entonces no pudo dejar de decir entre dientes, con asombro profundo: “¡Totorá!”

Había reconocido al mago de los kimanes. Y Totorá le reconoció también al desembarcar.

—Veo que he llegado a la tierra de los chanidos —exclamó, sonriendo.

—Y llegas oportunamente, porque Kuna, nuestro hechicero, desea hablarte.

Se fueron todos en busca de Kuna, que se hallaba a la cabecera de su jefe. El mal que éste sufría había sido repentino. Después de haber presenciado la arremetida furiosa de las bestias por las calles de su pueblo y de saber que uno de sus hijos había muerto, entre un grupo de guerreros y de cazadores, aplastado por los animales fugitivos, el jefe se refugió en su choza y no quiso ver a nadie. Cuando fueron a hablarle, al cabo de unas horas, le encontraron tendido en su lecho, inmóvil, respirando con dificultad. Llamaron a Kuna, que se vistió rápidamente con su traje de ceremonia y acudió junto al enfermo.

“Este hombre se muere —pensó—. Nada podré hacer para salvarle”.

Pero, de todas maneras, comenzó a encender ante su lecho unas hierbas aromáticas y a pronunciar palabras desconocidas. Le dejaron solo con el moribundo. Y el pueblo aguardó afuera los resultados de los métodos curativos de Kuna.

Pasaba el tiempo y el jefe no daba señales de mejoría. Sin embargo, a menudo salía Kuna a la puerta y anunciaba que el jefe se salvaría seguramente. Pero al advertir que no mejoraba, prefirió no ocultar la verdad al pueblo, y salió una vez más a la puerta, para decir en tono grave:

—Mis esfuerzos son muchos, pero nada consiguen todavía. Espero que me ayuden todos, bailando la danza de la salud. Si nuestro jefe nos abandona, no será nuestra la culpa.

Entonces el pueblo empezó a tocar una música lenta, que poco a poco animaba su ritmo, hasta llegar a ser muy rápida y alegre. Los bailarines, al son de esa música, fingían primero un enorme cansancio, luego se desperezaban, para iniciar después la verdadera danza de la salud, que consistía en ágiles saltos en todas direcciones. Eran unos brincos gozosos, insistentes, capaces de agotar a cualquiera al cabo de cierto tiempo.

Kuna, entretanto, hablaba solo junto al enfermo, entre el humo de las hierbas que iba quemando. Por fin dejó de hacer el menor esfuerzo.

“Contra la muerte no hay magia posible —pensó desanimado—. No se me puede pedir que haga milagros, aunque todos crean que soy capaz de hacerlos”.

Pues bien, acababa de pensar semejante cosa, cuando vinieron a anunciarle que Totorá le esperaba afuera. Kuna salió a recibirle. Al ver que era un niño, meneó la máscara hacia uno y otro lado, como diciendo que nada podía esperarse de un hechicero como aquél.

—¿Eres Totorá, el del fuego, asombro y admiración de los kimanés? —preguntó Kuna.

—Lo soy —respondió Totorá—. Me han dicho que deseas hablarme. Aquí me tienes.

—Ven conmigo —dijo Kuna, llevándole hasta la cabecera del moribundo.

Totorá vio al jefe tendido en su lecho: respiraba con dificultad y cuando abría los ojos no veía sino sombras. Era evidente que se moría.

—¿Qué deseas decirme? —le preguntó Totorá a Kuna—. Adivino que deseas que te ayude.

—Quiero que el jefe viva —declaró Kuna—. Si lo consigues, seré tu amigo.

Totorá volvió a mirar al jefe y murmuró con voz muy suave:

—No cabe duda de que fue un hombre muy bueno. Se ve la bondad en su rostro. Es de esos hombres que han vivido mucho, pero que deben vivir siempre.

—Tú lo has dicho —declaró Kuna—. Yo quiero que viva siempre.

—Si tú lo quieres, te obedezco, para ser tu amigo —dijo Totorá.

Y acercándose al jefe puso la mano en su frente, pero ante el asombro de Kuna no dijo palabras extrañas ni gesticuló como un buen hechicero.

—Vas a vivir siempre —murmuró con toda sencillez, alejándose luego de la cabecera y tomando de un brazo a Kuna para que le acompañara fuera de la choza.

—¿Qué has hecho? —preguntó el hechicero de la máscara—. ¿Acaso las cosas se hacen así?

—Así se hacen —respondió Totora. Y luego, indicándole a toda la multitud que danzaba, añadió—: Diles que se vayan a sus casas. Luego volverán con otra música.

Kuna vio tan seguro a Totora, que le obedeció. Los bailes y las músicas cesaron. Poco después, ante la choza del jefe no había nadie.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Kuna.

—Vamos a tu vivienda y esperemos —dijo Totora, sonriendo con cortesía—. Yo también deseo hablarte.

Y se marcharon. Después, sentado en pieles de animales, en la choza de Kuna, empezaron a charlar.

—¿Tú crees en los sueños? —preguntó inesperadamente Totora.

—No sé a cuáles sueños te refieres —murmuró impaciente Kuna—. Hay sueños en que se ha de creer, y sueños que son un engaño.

—Me refiero a los sueños que dicen que todos los hechiceros mienten —dijo Totora.

Y como vio que Kuna, que ya se había quitado la máscara, le miraba con curiosidad, agregó con una sonrisa:

—Yo he tenido uno de esos sueños, y no quiero mentir como un hechicero. Por eso te pregunto ahora: ¿qué vive más tiempo: un hombre de carne y hueso o la piedra que lo representa?

—Estoy acostumbrado a toda clase de preguntas —murmuró Kuna, pensativo—, pero nunca he escuchado una más extraña. ¿Quieres decirme que una estatua vive más que un hombre?

—Me has entendido perfectamente —respondió Totora, encantado de decir cosas tan extrañas, exactamente como las que siempre había soñado decir.

—Pero ¿qué relación tiene todo esto con la enfermedad de nuestro jefe? Es lo único que ahora me interesa. El pueblo confía en mí, y cuando vea que soy incapaz de hacer lo que me piden, buscará otro hechicero, y yo me convertiré en un vagabundo —declaró Kuna.

—La relación es fácil de encontrarla —dijo Totora—. Si la piedra vive más que el hombre, y tú deseas que tu jefe viva siempre, ¿no ha llegado el momento de ir a contemplar ahora su estatua? Yo creo que no te miento al hablar así.

—Deseas asombrarme —dijo Kuna, repentinamente furioso—. Quieres que te admire. Pero has de saber que conozco todos los secretos de la hechicería, y sé muy bien qué es lo que puede hacerse y qué es lo que no se hará nunca. Y lo que tú pretendes haber hecho, nadie podría hacerlo, aunque pasara cien años intentándolo. No hay hombre alguno que haya sido convertido en piedra porque un desconocido le pone la mano en la frente y le dice: “Vas a vivir siempre”. La verdad es que no estoy dispuesto a soportar tus burlas. Si las cosas no han sucedido como aseguras que son, te haré amarrar y conducir al corazón de la selva.

—Haz lo que gustes —murmuró Totora—. Pero antes, ven conmigo.

Y volvieron a la choza del jefe. Kuna había puesto sobre su rostro, nuevamente, la máscara

de colores. Entraron en puntillas. Se acercaron a la cama hecha de un tronco tallado, con una piel como tapiz. Y Kuna no pudo contener un grito. Al poner su mano en la frente del jefe, vio que todo el cuerpo era de piedra, de dura piedra oscura.

—Hasta ahora no he creído en nada —murmuró con repentino temor—, pero en ti creo, Totora. ¿Cómo has hecho esto? Sabes más que yo, y te aseguro que entre los chanidos nadie sabe lo que yo sé.

Totora se encogió de hombros, sonriendo levemente, y dijo que llamaran a los músicos y pusieran la estatua en el mejor lugar del pueblo.

—Vivirás siempre —declaró—. Ya te lo había dicho.

## Tотора el peregrino

---

En el pueblo de los chanidos hubo un asombro extraordinario cuando vieron por primera vez una estatua de piedra. Kuna les habló largamente de cómo se había hecho aquello, procurando en todo instante que le creyeran el autor de semejante maravilla.

—Nuestro jefe vivirá siempre, convertido en piedra —declaró en un largo discurso pronunciado ante la estatua—, y sus ojos verán cuándo seguimos sus enseñanzas y cuándo nos apartamos de ellas. Si nos ve sumisos, nos protegerá; si advierte que nos rebelamos, hará

caer sobre nosotros a tribus enemigas mucho más fuertes; destruirá nuestras viviendas, y los animales de las selvas vendrán a perseguirnos cuando ya no tengamos un techo bajo el cual asilarnos.

Los chanidos, llenos de admiración, nombraron jefe a Kuna. Y Kuna ofreció a Totorá el cargo de hechicero.

—Es mejor que me marche —contestó Totorá—. En realidad, ahora me doy cuenta de que solo he deseado conocer el mundo. Y si he de ser hechicero en alguna parte, será entre los upa-upa, cuando regrese.

Kuna le ofreció compartir el poder, grandes riquezas, una vida feliz. Totorá se negó calmadamente.

—Es que yo te necesito —le dijo Kuna—. Tú haces cosas que yo no sé hacer. Si te vas, te echaré de menos. Voy a confesarte algo muy íntimo: he sido hechicero y me he visto rodeado del respeto de todos, pero lo único que he hecho es valirme de la ignorancia de los chanidos. Cuando me veían con mi máscara, y haciendo

gestos extraños, pronunciando palabras que no entendía, encendiendo fuegos entre las hierbas y bailando ante el humo las danzas en que ellos siempre han creído, porque se les ha enseñado a sentir que son danzas mágicas, dueñas de un poder sobrenatural, todos los chanidos inclinaban la cabeza y creían en mí. Si fracasaba, decían que eran ellos los culpables; si tenía éxito, aseguraban que me debían gratitud. Pero yo he vivido engañándolos, y ahora que soy el jefe de los chanidos y sé que tú no mientes, te ruego que seas el hechicero de la tribu. Entre tú y yo haremos grandes cosas. Poco a poco irás enseñándome lo que sabes, y yo llegaré a entender lo que no entiendo y a hacer lo que no hago.

—Yo no sé nada —dijo Totorá—. Pero creo en las cosas que no consigo explicarme y que existen, sin embargo. ¿Por qué no haces como yo?

—¿Cómo podría hacerlo? —preguntó Kuna, ansioso.

—Olvidándote de que eres viejo y no crees en nada. Volviéndote niño y creyéndolo todo.

—Eso es imposible, Totorá.

—Inténtalo, Kuna. Si tú dices: “Mi pueblo debe ser feliz”, no bailes ni enciendas hierbas aromáticas para que tu pueblo, al verte hacer tales cosas, crea que le das la felicidad y luego sienta una mayor amargura y deje de creer en ti. Lo que importa es que lo hagas feliz actuando como debes. Y entonces te respetarán. Cree en ti, ante todo, y las cosas serán como tú las desees.

—Puedo creer en mí todo lo que gustes, Totorá, pero si en este mismo momento me digo: “Hay mil guerreros en blancos caballos ante mis ojos”, tengo que encogerme de hombros y echarme a reír, porque no hay un solo guerrero delante.

—Porque tú no quieres que los haya —dijo Totorá, sintiendo que cada vez hablaba más extrañamente, como si alguien le dictara cada una de las palabras que decía.

—¿Y tú puedes hacer que los guerreros aparezcan? —preguntó Kuna.

—Si es necesario, sí —respondió Totorá.



Y como ya no le asombraba nada de cuanto hacía, se inclinó sencillamente, cogió un puñado de polvo, lo miró un instante en su mano abierta y sopló con absoluto convencimiento.

Mil guerreros en blancos caballos aparecieron blandiendo sus lanzas. Kuna contempló aquello con asombro.

—¿Es verdad o es mentira? —preguntó.

—Acércate a ellos y tócalos. Mándales y te obedecerán —dijo Totorá. Y como Kuna se quedara quieto, mirando con extrañeza profunda a los guerreros, Totorá añadió: Pero no los necesitas para nada.

Y volvió a soplar hacia ellos, como si deseara apagar una llamita muy débil. Los guerreros se desvanecieron más rápidamente que la sombra de un pájaro en vuelo veloz.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —preguntó Kuna—. No he visto jamás nada semejante.

Pero Totorá se había inclinado hacia el suelo y recogía una rama delgada, cubierta de hojas. Las fue arrancando una a una, hasta convertir

la rama en algo muy semejante al cayado de un pastor.

—Ahora me voy por el mundo —dijo—. No sé exactamente quién me llama, pero necesito alejarme.

Y partió sin que Kuna se atreviera a detenerlo. Anduvo hasta la entrada de la selva y se internó por ella a grandes pasos.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —le gritó Kuna. Pero ya Totorá se había perdido la vista.

## La escala maravillosa

---

Mientras Totorá se alejaba, en el pueblo de los upa-upa se preparaba una expedición para salir a buscarle. Al principio, nadie había notado su desaparición, pero no tardaron en llegar asombrosas noticias acerca de lo que iba haciendo Totorá por el mundo.

—Debe volver a vivir con nosotros —dijo Upanga, el jefe—. No estaré tranquilo hasta verle regresar.

Entonces Búa, el hechicero, indicó un camino. Lo examinó Upanga y sonrió con burla:

—Le buscarán por el camino contrario al que nos señalas, y así le encontrarán —dijo—. Ya me he dado cuenta, Búa, de que nunca has querido a Totora, y no deseas su regreso.

Búa murmuró algo entre dientes, pero no le oyó nadie, pues en ese momento se ponía en marcha la expedición. Al cabo de tres días, llegó al pueblo de los kimanés.

—¿Se encuentra aquí Totora? —preguntaron los expedicionarios.

—Se ha ido —dijeron los kimanés—. Pero si se trata de buscarle, también iremos nosotros.

Y ahora eran más numerosos los que marchaban en busca de Totora. De modo que los chanidos vieron llegar a muchos hombres, de repente, en lo alto de la montaña, y corrieron a avisarle a Kuna. Este se vistió con sumo cuidado, tomó su mejor lanza y, seguido de sus guerreros, salió a encontrar a los que venían a su pueblo.

—Andamos en busca de Totora —dijeron los hombres que avanzaban por el monte.

—Totora se ha marchado —respondió Kuna—.

Pero yo también quisiera encontrarle. Se fue por la selva y no me dijo qué rumbo tomaría.

Y Kuna escogió a sus más diestros mensajeros, para que siguieran con los demás hombres. Dos o tres lunas se demoraron en cruzar las selvas, subir las montañas, atravesar los valles. No encontraron a Totora. Entonces regresaron a sus pueblos respectivos y en todas partes se inventó una historia diferente para explicar la desaparición de Totora.

—Lo ha devorado Aquel que no se nombra —dijo Búa—. Es inútil esperarlo.

Y no fueron pocos los que creyeron, como de costumbre, al hechicero. Sin embargo, la verdad era distinta. Y aunque pueda parecernos a todos algo extraña, conviene que la digamos.

Lo cierto es que Totora anduvo largo tiempo hacia el norte, y de repente torció por un camino que no parecía llevar a parte alguna. Al fondo había un monte, como cerrando el paso a los curiosos. Totora echó a andar hacia él. Ya estaba acostumbrado a que todo sucediera como lo deseaba. Cuando tenía sed,

aparecía el manantial. Cuando tenía hambre, los árboles se llenaban de frutos.

“Ser hechicero –pensaba Totor– es hacerse amar de las cosas. Yo no sé cómo es esto. Pero seguiré adelante”.

Y de este modo le alcanzó la noche, al pie de la montaña que les cerraba el paso a los peregrinos. Totor se tendió a descansar, aunque en verdad no sentía una fatiga demasiado grande. De improviso, frente a él apareció una claridad tan intensa que cualquiera hubiera creído que dos o tres estrellas bajaban a alumbrar el monte. Totor se restregó los ojos y sintió que algo completamente inexplicable iba a suceder enseguida. Volvió a mirar, talvez un poco inquieto, y vio una escala en medio del resplandor. Entonces se incorporó lentamente, tomó su cayado y empezó a subir la escala.

“Iré hasta donde sea necesario –pensó—. Al fin y al cabo, una escala se ha hecho para subir por ella”.

Y llegó hasta un castillo inverosímil, que tenía en uno de sus costados una enorme



ventana abierta. Asomado en ella había un hombre de grandes barbas, que le hizo un gesto amistoso al divisarle. Totora meneó la cabeza, sonriendo.

“Ahora me explico lo que me sucede —se dijo—. He vuelto a dormirme y estoy soñando. Ese hombre de la ventana es Upa-Upa”.

Y se abrieron silenciosamente las puertas del castillo. Totora penetró con paso seguro. Cruzó un corredor iluminado, y al pasar frente a una puerta entornada, vio que era la sala en que Upa-Upa, con sus barbas al viento, miraba por la ventana. Entró sin hacer ruido, y Upa-Upa se volvió para sonreírle y declararle:

—No estás soñando, Totor. Yo he querido que vengas a verme, porque deseo contarte algunas cosas. He preferido no decírtelas en sueño.

Totor se echó a reír y contestó que ya estaba acostumbrado a que le sucediera todo lo inverosímil. Agregó que esto era lo que había deseado siempre, y que para él no había ya la menor diferencia entre soñar y estar despierto.

—Es exactamente igual —dijo—. Todo me parece un sueño, y me gusta. Ahora ni siquiera voy a preguntarte tu nombre. Sé que no tiene importancia. Lo único que me interesa es verte, oírte y saber que existes tal como me lo figuraba.

—He querido que vengas —dijo el hombre de las barbas—, para enseñarte a comprender que entre la verdad y la mentira no hay sino una diferencia: el hombre. ¿Me has comprendido?

—No mucho —contestó Totor—. Pero trataré de comprenderte lo mejor que pueda.

—Voy a explicarme —dijo el de las barbas, sonriendo—. Cuando vivías entre los upa-upa, deseaste ser hechicero. No te atrajeron la guerra ni la caza. Sentiste que el hechicero era el único hombre capaz de vivir todo lo grande y hermoso, que siempre es semejante a un sueño. Y te gustaba soñar, Totor, con todas esas cosas extraordinarias en que no creen los hombres, pero en las cuales tú creías. Por eso lograste hacer cuanto te propusiste, sin asombrarte mucho de nada, porque todo era para ti tan natural, al cabo

de cierto tiempo, como ver a un pez nadando por las aguas o a un rinoceronte galopando por la tierra. En cambio, no tardaste en advertir que los hechiceros no creían en la misión que ellos mismos habían elegido. Los viste vivir en la mentira. Y no quisiste quedarte con ellos. Deseaste ver el mundo, admirar las maravillas que siempre son posibles cuando se las ama. Y la mentira del hechicero se convirtió en ti en una verdad. ¿Me comprendes ahora?

—Lo que me extraña un poco es que haya podido hacer tan fácilmente cosas tan inverosímiles —dijo Totorá, sonriendo con alegría—. Además, muchas veces he hablado como un viejo jefe de tribu, casi sin darme cuenta de mis propias palabras.

—Puedo decirte, Totorá, que te ha ocurrido lo mismo que a esos hombres que cantan canciones por primera vez, y luego los demás las repiten. Para ellos no existe la mentira. Cantan la verdad que descubren. Y tú, como hechicero, no has mentido, aunque todos los demás mientan siempre.

—Entonces —dijo Totorá, poniéndose serio, al advertir que había echado sobre sus hombros una responsabilidad demasiado grande—, se me ocurre que tengo mucho trabajo por delante.

—Lo tienes —replicó el hombre, conduciéndole hasta la ventana y obligándole a mirar hacia abajo.

Totorá vio con alegría todos los pueblos que había conocido. Los upa-upa estaban encendiendo las hogueras para protegerse del Señor Hambriento; los kimanés ya estaban entregados al sueño; una luna redonda iluminaba el pueblo de los chanidos.

—Me gustaría regresar —dijo Totorá.

—Anda y haz lo que sabes hacer. Enséñale a cada cual que haga lo suyo. Y diles que la verdad es más hermosa que la mentira.

—Estoy contento de ser hechicero —murmuró Totorá—. Si no lo fuera, ¿te habría conocido, acaso?

—Ya es tarde —dijo el hombre, cerrando la ventana—. Vuelve ahora a tu pueblo.

Totora bajó la escala saltando alegremente de peldaño en peldaño. Cuando estuvo al pie de la montaña, desapareció el resplandor y el viajero aprovechó la sombra para dormir un rato. Al despertar, ya el día iluminaba todos los caminos. Totora cogió su cayado y emprendió el regreso.

Los chanidos le vieron venir desde buena distancia y le reconocieron. Kuna salió con sus guerreros a recibirle.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. Mis hombres te han buscado por todas partes, en compañía de los kimanés y de los upa-upa.

—Vengo de aprender muchas cosas indispensables para un hechicero —respondió Totora.

—¡Quédate con nosotros! Nos enseñarás lo que sabes —dijo Kuna.

—Comenzaré por mi pueblo —murmuró Totora—. Haré que todos seamos amigos, y enseñaré a los upa-upa, a los chanidos y a los kimanés a encontrar la verdad que a cada cual corresponde.

—Si regresas a tu pueblo no te irás solo. Haré que te escolten mis mejores guerreros con sus

lanzas. Ya sé que no los necesitas, pero para mí será una alegría hacer que te acompañen.

—Si eso te alegra, acepto la compañía de tus guerreros —declaró Totora.

Y partió con su escolta hasta la tierra de los kimanés. Allí también le acogieron con alegría, y le dieron un elefante para que le llevara sobre sus anchos lomos.

Así fue como llegó Totora, de regreso, al pueblo de los upa-upa, tierra de sus mayores.

## Tоторa entre los Upa-Upa

---

Al reparar en la numerosa comitiva que acompañaba a Tоторa, el jefe Upanga dio rápidas órdenes para que se otorgara al viajero una bienvenida solemne. A Upanga le gustaban las grandes ceremonias, porque en ellas podía vestir con extraordinaria elegancia. En tales ocasiones, llenaba su cabeza de vistosas plumas, se colocaba un collar de oro, enormes brazaletes, una espada pesadísima, y se hacía conducir por cuatro gigantesos guerreros en un curioso palanquín hecho de madera fragante.

Tотора, que conocía a Upanga, le dio tiempo para que se adornase. Montado en su elefante inmenso, levantó una mano para dar la señal de detenerse. Y todos acataron la voluntad de Tотора.

“Los buenos viajeros regresaban con regalos muy hermosos —pensó—, y no traigo nada”.

Pero no continuó preocupándose de esto. Ahora le divertía ver cómo los upa-upa corrían en todas direcciones en busca de sus adornos. Sonaban los tambores, gritaban los niños, se agitaban las mujeres, y los hombres ponían una cara muy seria.

El hechicero Búa se colocó una máscara terrible y fue a la choza de Upanga, pues le correspondía marchar a tres pasos del palanquín agitando las manos hacia el cielo, como si estuviera estudiando la manera de volar.

Upanga salió vestido de gala, subió en su palanquín y la procesión se puso en marcha hacia el sitio en que aguardaba Tотора. Cuando ambos grupos se hallaron a cien pasos, Upanga hizo detener su palanquín. Entonces avanzó

Tотора en su elefante. Todos le miraban como a un rey, y muchos niños comenzaron a treparse hasta las copas de los árboles más altos para verlo mejor.

—Seas bienvenido, Tотора —gritó Upanga.

Entonces el elefante levantó su trompa, cogió a Tотора suavemente y lo depositó en el suelo. Callaron los tambores, bajaron sus armas los guerreros y Tотора caminó hasta el palanquín, para hacer tres profundas reverencias.

Upanga vio que Tотора no le traía ningún presente y se desilusionó. Pero Tотора dijo con voz muy alta:

—El pájaro de la lluvia, el pájaro del viento y el pájaro de la dicha deben ser los compañeros de mi señor.

Todos vieron que Tотора estaba con las manos vacías y se asombraron de estas palabras. Pero Tотора alzó ambos brazos en el aire y agitó las dos manos como hacen aquellos que se disponen a cazar una mosca.

—Este es el pájaro de la lluvia —exclamó Tотора, presentándole a Upanga un curioso

pájaro color de nube negra—. Cuando cante (siempre que tú lo quieras), caerá el agua sobre los campos de los upa-upa, y habrá después buenas cosechas.

Volvió Totor a cazar en el aire un pájaro invisible, y le presentó a Upanga una de las aves más extrañas que hasta entonces alguien hubiera visto. Tenía las plumas levantadas, como si fueran púas, y unas se volvían hacia el norte, otras hacia el sur; las demás al este o al oeste.

—Este es el pájaro del viento —exclamó Totor—. Cuando cante (cada vez que lo desees), soplará el viento, y será del norte, del sur, del este o del oeste, según sea la dirección a que vuelva la cabeza al cantar.

Por tercera vez Totor buscó en el aire un pájaro invisible, y cogió por fin a uno de color azul brillantísimo, con un anillo de color blanco en cada una de sus patas y un collar verde en el largo cuello.

—Este es el pájaro de la dicha —exclamó Totor—. Cuando cante (y estoy seguro de que lo harás cantar a menudo), sentirás al oírlo



una felicidad tan grande como si estuviera cantando tu propio corazón.

Upanga, que sabía hacer discursos, no supo qué responder al verse con los tres pájaros en el palanquín. Los tres le miraban con ojos quietos, porque sabían aguardar sabiamente la hora de cantar.

Curioso como un niño que recibe un juguete que no conoce, Upanga preguntó:

—¿Y cómo se les hace cantar?

—Puedes decir, por ejemplo: “Pájaro de la dicha, quiero que cantes”. Eso es todo, Upanga.

El hechicero Búa, al oír estas palabras, se puso completamente amarillo detrás de su máscara terrible, y avanzó algunos pasos.

—Totora te ha mentido —murmuró con voz ronca—. Nadie puede hacer que sucedan tales cosas.

Upanga le dio una mirada colérica y se volvió después a Totora para preguntarle:

—¿Es cierto lo que dice ese hombre?

—Ensaya tú mismo —respondió Totora, sonriendo con su más misteriosa sonrisa.

Y Upanga, que se sentía absolutamente confundido, se volvió a uno de los pájaros y le dijo seriamente.

—Pájaro de la lluvia, quiero que cantes.

Se oyó entonces el rumor de un trueno, que salía de la garganta del pájaro, y comenzó a caer una fuerte lluvia. Se produjo una confusión general. Todos empezaron a mojarse y a correr. El elefante, que tenía sed, alzó su trompa y comenzó a sorber ceremoniosamente el agua fresca de la lluvia. Después, cuando estuvo satisfecho, se pasó la trompa por los colmillos, para beberse las menudas gotas que los cubrían.

—¡Calla, calla, pájaro de la lluvia! —gritó Upanga, lleno de felicidad. Estaba contento del regalo de Totora, y le tendió una mano para estrechársela con fuerza.

Entonces acabó la lluvia tan repentinamente como había comenzado. Y fue necesario hacer sonar los tambores para que regresaran todos los que habían huido en busca de un lugar donde guarecerse.

Cuando hubo de nuevo suficiente calma, se oyó la voz del jefe desde el palanquín.

—Bienvenido, Totorá —dijo—. Eres mi hijo predilecto. Había oído de ti muy extrañas cosas, pero ninguna me parece tan asombrosa como la que acabo de ver.

Entretanto, los guerreros, los cazadores y todos los demás se sacudían para quitarse de encima el agua de la lluvia. No costó mucho, porque el sol brillaba, bonachón, y no tardó la tierra en quedar seca.

Horas después se celebraba en el pueblo de los upa-upa una de esas fiestas que no se olvidan fácilmente. Ya Upanga había hecho cantar al pájaro de la dicha, y todavía estaba con el corazón lleno de regocijo.

—¿Qué haremos con Búa? —preguntó Upanga a Totorá—. No lo necesitamos teniéndote con nosotros.

—Deja a Búa como está, y regálale otra máscara, en señal de aprecio —respondió Totorá—. Los hechiceros se sienten mucho mejor cuando tienen una máscara nueva.

Búa, que oía, se estremeció de asombro al advertir que Totorá no le deseaba mal alguno. “¿Será posible que no desee ser hechicero de la tribu?”, se preguntó.

Y acercándose a Upanga, dijo Búa:

—Dos hechiceros son un número demasiado alto para una tribu tan pequeña. Ha llegado el momento de elegir entre Búa y Totorá.

—Elijo a Totorá, sin pensarlo dos veces —respondió Upanga, deseoso de que terminara pronto la fiesta para ir a jugar con el pájaro del viento.

—El hechicero será Búa —murmuró Totorá.

—¿Y tú, qué harás? —preguntó Upanga, asombrado.

—Esculpiré en la piedra del monte más alto la estatua de Upa-Upa, para que le recordemos siempre —declaró Totorá—. Además, mientras esté trabajando, contaré curiosas historias a los que quieran acompañarme.

Upanga no deseaba contradecir a Totorá, de modo que guardó silencio. Brillaron los ojos de Búa, al darse cuenta de que no perdería

su cargo. Pero Totorá se volvió al hechicero y le dijo:

—Lo único que te pido es que no mientas. Cuando no sepas hacer algo, no declares que lo has hecho. Quédate tranquilo, entonces, y piensa que otros podrán hacerlo por ti, o que nadie lo hará nunca, porque hay cosas imposibles, tanto para el hechicero como para aquel que no lo es.

—¿Eso es todo lo que has aprendido en tus viajes? —preguntó Búa con acento burlón.

—Eso y algo más, que tú aprenderás también, si eres mi amigo y sabes escucharme —contestó Totorá, volviendo la mirada hacia unos bailarines que daban grandes saltos y después, alzando los brazos, estremecían el cuerpo, como si fueran llamas agitadas por un viento deseoso de jugar con el fuego.

Upanga se levantó de repente y dijo:

—Ya la fiesta ha durado bastante, Totorá; ¿no te parece? Estoy cansado y deseo volver a casa.

De este modo terminó la bienvenida a Totorá, que se fue a dormir a casa de sus padres.

Y cuando el pueblo estuvo en silencio, de improviso se oyó un extraño ruido que fue llenando la noche. Los árboles agitaban sus ramas furiosamente; se estremecían las viviendas de los upa-upa; parecía aquello un tropel de leones en rápida carrera por el pueblo.

—¿Qué sucede? —preguntó la madre de Totorá, temblando de miedo.

—No es nada. Espera un rato y todo pasará —dijo Totorá.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó, ansiosa, la madre—. Se diría que nos van a arrancar de la tierra para que volemos por los aires.

—No temas nada —dijo, sonriendo, Totorá—. Es Upanga que está jugando con el pájaro del viento.

Y así debió ser, indudablemente, porque de pronto cesó todo bullicio, y el pueblo de los upa-upa pudo dormir en paz hasta la mañana.

Al cabo de dos o tres días, Totorá anunció que se iba a la montaña más alta de esas tierras. Muchos le acompañaron. Y entonces Totorá empezó a esculpir el rostro de Upa-Upa, con

sus grandes barbas, en la piedra del monte. Mientras estaba trabajando, contaba cuentos, y eran tan hermosos y fantásticos, que hasta el mismo Upanga fue a escucharlos muchas veces.

—¿Sabes, Totorá? —le dijo un día—. Escuchando tus extrañas historias, siento algo muy parecido a cuando hago cantar al pájaro de la dicha.

—Y yo también me alegro contándolas —respondió Totorá, esculpiendo con sumo cuidado el ojo izquierdo de Upa-Upa, que quedó con una expresión burlona, precisamente porque miraba hacia la choza de Búa, el hechicero.

Cuando el trabajo estuvo concluido, Upanga se acercó a Totorá y le dijo en voz baja:

—Si algo quiero en mi tierra, no lo dudes, es al pájaro de la dicha que me has obsequiado. Pero me gustaría que lo encerraras en el corazón de piedra de Upa-Upa, y así, cada vez que cante, todo mi pueblo será dichoso.

—Así lo haré —respondió Totorá.

Por eso, claro está, uno de los pueblos felices que hay sobre la tierra es el de los upa-upa. Desde la montaña más alta, cada cierto tiempo,

sobre todo en las horas difíciles, se oye venir un canto que llena de esperanza a cuantos lo escuchan.